

La Ciencia en la Patria de la Civilización

Conferencia pronunciada por el autor en el teatro Cervantes, el 5 de diciembre de 1922, en ocasión de celebrarse el 50.º aniversario de la Sociedad Científica Argentina.

La civilización egipcia legó a su posteridad dos monumentos que solemos contemplar como símbolos de la creación de Dios en la naturaleza y de la creación del hombre en la historia. La Esfinge y la Pirámide son esos monumentos, que, labrados en piedra perdurable, se alzan desde hace siglos entre las movibles aguas del mar y las movedizas arenas del desierto. El uno plasma en sus heterogéneas formas biológicas la unidad vital de los seres en el gran ser misterioso que es el cosmos, y a éste lo simboliza la Esfinge; mientras el otro plasma en sus homogéneas formas geométricas la unidad lógica de las ciencias en la gran ciencia que es el ideal, y a éste lo simboliza la Pirámide. Así, estos dos emblemas enormes son como hilos que demarcan la esfera universal de la cultura, materializando el uno lo desconocido que imanta nuestra ambición, y materializando el otro nuestra ambición que remonta metódica al luminoso culmen de la verdad. Arte,

sabiduría, misticismo y acción, todo ello se refunde en tales mitos, que así resultan elevados símbolos de la ciencia. Por eso la vida y la muerte yacen en sus entrañas de piedra; la tierra obscura sírveles de pedestal; la luz del claro empíreo las envuelve; y la intuición de lo que ellas expresan continúa obrando en las conquistas del espíritu humano.

Todo pueblo civilizado ha tenido su Esfinge y su Pirámide, pues aunque estos íconos materialmente hayan faltado, cada pueblo tuvo esfinges que descifrar y pirámides que construir, apenas su conciencia hubo entrado en la responsabilidad de la cultura. Para ese culto se fundó entre nosotros la Sociedad Científica Argentina, cuyo cincuentenario celebramos, y sólo comparando lo que éramos entonces con lo que somos hoy, podremos apreciar la obra realizada por esta benemérita sociedad en medio siglo de vida. Como otros pueblos, habíamos descubierto la Esfinge; pero necesitábamos levantar la Pirámide, y no es jactancia decir que estamos levantándola.

Sobre un montículo de piedra, yacía la esfinge de Giseh, con su cuerpo de toro, con sus garras de león, con sus alas de águila, y encima de todo ello, la cabeza humana que parecía mirar a lo lejos, con ojos impávidos, las montañas de la Libia y escuchar con oídos invisibles la cadencia del mar lejano...

Traslademos intacto el símbolo a nuestro ambiente: levantemos el ícono junto al Plata, que es nuestro Nilo; hagámosle mirar, en ideal visión, hacia los Andes lejanos, mientras suena en la brisa de la Pampa la imaginaria voz del Atlántico rumoroso. El hombre del Nuevo Mundo se ha acercado al mito para contemplarlo: es el eterno Edipo de los enigmas. Y entonces ve que aquí como allá, en el Plata como en el Nilo, el enigma del cosmos y del hombre es el mismo; que sobre el pedestal de la vida inorgánica y de las moles físicas sometidas a fuerzas matemáticas, ha aparecido la vida de los seres animados, y sobre las formas animales del león y el toro, coronando la evolución, se ha erguido el hombre cuya cabeza reina iluminada por la luz de los cielos. Com-

prende así que la ciencia tiene también aquí una misión solidaria con la de todos los pueblos, porque el Universo es un inmenso ser organizado, un heterogéneo cuerpo sometido a la unidad espiritual de sus leyes, y que el hombre sólo es una imagen abreviada del Universo...

Aquel Edipo nuevo se llamó entre nosotros Florentino Ameghino y tuvo en esta Sociedad Científica su Thebas laica.

Mas he aquí que, de pronto, la Esfinge toma bajo el sol de América un sentido nuevo, porque tal es la fecundidad proteica de los símbolos. Bajo el sol de América, este mito hierático, en la multitud de sus significados ocultos, parece aludir también a esos seres vivos que son las naciones, entidades con cuerpo y con alma, formadas de la tierra, que es la naturaleza, y del hombre, que es la historia. El clarividente ve entonces, con los ojos de la intuición, que la Esfinge envuelve el enigma de nuestra patria: ese montículo del pedestal es la tierra nativa; esas alas, que parecen de cóndor, son el misterio alado de las cosas indias; esas garras de león, el jeroglífico de España y de nuestras guerras de origen; ese cuerpo de toro, el fundamento de nuestra economía social; y esa cabeza humana, la afirmación de que se ha de poner sobre el terruño inerte, sobre la tradición instintiva, sobre las armas y sobre la riqueza, la conciencia de todo ello, refundiendo sus partes heterogéneas en la unidad de un nuevo ser sometido a las normas de la inteligencia.

El clarividente de este otro símbolo se llamó entre nosotros Domingo Faustino Sarmiento, y éste también halló en la Sociedad Científica Argentina su Thebas laica.

Dos veces, pues, ha hablado para nosotros la esfinge durante el siglo anterior. Los enigmas universales de la naturaleza, propuestos a la biología y a la física; los enigmas locales de la historia, propuestos a la política y a la educación, tales fueron el mensaje de Ameghino, fundador de nuestras ciencias naturales, y el mensaje de Sarmiento, fundador de nuestras ciencias sociales. Ellos, al darnos la conciencia de dichos problemas, crearon el deber de resolverlos por colabo-

ración nacional, para que nuestra patria iluminara por sí la senda de su propio destino, y para que entregáramos a la humanidad el tributo de ciencia que le debíamos desde el instante mismo de nuestra emancipación. Porque los pueblos que se emancipan pierden todo derecho a seguir siendo parásitos de la vida internacional en dichos órdenes de la cultura. Las colonias, sí, pueden vivir intelectualmente a expensas de sus metrópolis, dispensándose de pensar porque toman a los pueblos tutelares su filosofía, su ciencia, su industria, su arte, su política, a cambio de la explotación económica. Pero cuando un pueblo deja de ser colonia para proclamarse nación, como nosotros lo hicimos, entonces ya no puede ese pueblo conformarse con el orgullo inicial de sus victorias marciales, que fueron una necesidad transitoria; ni con el régimen convencional de una autonomía jurídica que reposa en el reconocimiento de otros Estados; ni con la exportación de sus materias primas en barcos ajenos, porque eso es rudimentario comercio de factorías; sino que debe ese pueblo aspirar a vivir como igual entre las naciones creadoras de cultura, dando a la humanidad la contribución de su propio pensamiento, y afirmando su personalidad moral por la creación de una filosofía, de una ciencia y de un arte. La nacionalidad no cuenta en la historia sino cuando es la afirmación de ese hecho espiritual. A ello tendió la Sociedad Científica Argentina, a ello tiende nuestra Facultad de Filosofía y Letras, caminos diversos de una misma ascensión. Las armas para defender el territorio, el gobierno para administrar los bienes sociales, el dinero para conseguir el bienestar material, no son sino instrumentos de que las naciones necesitan valerse para realizar aquellos ideales. Hay pueblos plebeyos y pueblos aristocráticos: si el pueblo argentino quiere ser de estos últimos y no aparecer como un grotesco *nouveau riche* entre las naciones, debe apresurarse a comprender lo que vale la ciencia pura en la civilización.

Inútil parece al vulgo por alta y por intangible la estrella lejana, y sin embargo medimos nuestras horas por la marcha de esa lumbré sutil y por ella orientamos nuestros caminos en la tierra.

Fué este ideal transcendente lo que simbolizaron en la Pirámide los antiguos egipcios, padres espirituales de los hebreos y los griegos. Al dársela por tumba al Faraón, confirmaron el símbolo, puesto que el Faraón en vida era pontífice de una sinarquía de sabios, y puesto que la muerte lo inmortalizaba, emprendiendo su doble el viaje ascendente de los cielos. Así, aquel jeroglífico de piedra podía considerarse como estilización del luminoso haz que baja desde el zenit hasta la tierra, o como la estilización de la llama, que asciende desde el negro carbón en su radiante cono de fuego. La luz era el símbolo cosmogónico de la idea divina derramada desde su cúspide originaria en la materia cada vez más densa; y el fuego era el símbolo antropogónico del ideal humano subiendo desde la densa materia hacia su fuente divina. Geometrizados ambos en la pirámide, se refundían bajo un solo emblema: la involución de Dios en el Universo y la evolución del Universo en Dios; luz serena que baja, y atormentado fuego que asciende. La síntesis de religión, ciencia, política y arte, logró expresarse así bajo una forma simplísima, cuya arquitectura reposaba en una razón matemática.

De tiempo en tiempo la humanidad ha buscado la razón perdida de aquella síntesis, nunca tan necesaria como hoy, en medio de la atroz anarquía que desgarrá al mundo. Hace ya muchos siglos parecieron vislumbrarla algunas ciudades armoniosas, algunas instituciones inspiradas. Fué tal vez Atenas pagana cuando edificó la Acrópolis; fué acaso la cristiandad europea cuando en su mística plenitud realizó el prodigio de las catedrales. Pero la inteligencia helénica se envició en la verba de los sofistas, y la fe medioeval se desvaneció en el éxtasis de los visionarios. Más equilibrada integración de lo visible y de lo invisible, inspiró a la escuela pitagórica de Crotona, cuya gloria fugaz halló ocaso de sangre bajo el hie-

rro de una tiranía. Pero esa noble tradición no habría de perderse. Platón había dicho en su *Timeo*, al tratar sobre la naturaleza: "El Dios engendrado es visible a nuestros ojos." Y Leonardo da Vinci dijo en pleno renacimiento: "Los animales son el ejemplo de la vida universal." Y Henry Poincaré, físico de nuestro tiempo, ha podido decir: "Hay en el hombre otras fuerzas, además de la inteligencia." He ahí los caminos de la antigua verdad, que ponía las ciencias bajo el patrocinio de las musas y que al hermanar la música y las matemáticas, hacía vivir a los hombres en la familiaridad de lo divino. No reducir la ciencia a simples esquemas intelectuales; superar el conocimiento de lo particular por la intuición de lo universal; concebir al cosmos como un ser animado por una inteligencia presente en su belleza y en sus leyes: he ahí la norma para reconstruir la pirámide ideal de nuestro símbolo.

No quiere esto decir que debemos abandonar los métodos positivistas, puesto que sin ellos nada valdrían las ciencias experimentales; ni es tampoco una censura a las especialidades científicas, que sin el afán de sus propósitos concretos no hubieran realizado los admirables hallazgos de que hoy se enorgullece la humanidad. Quiero simplemente significar que el método positivista conviene a un determinado orden de conocimientos, no a todos, y que las hipótesis son necesarias. El mayor filósofo de ese método, Augusto Comte, consideraba las especialidades como una limitación forzosa impuesta por la precaria capacidad del hombre, y preconizaba, por ese mismo principio de división del trabajo, una ciencia de lo general que eslabonaba a las ciencias particulares, y eso fué lo que él llamó "la filosofía positiva". Sus discípulos parecen olvidar que Comte compuso un tratado sobre la jerarquía dogmática de las ciencias, encadenándolas según su universalidad y su exactitud, y así las eslabonó por este orden: matemática, astronomía, física, química, biología y sociología, haciendo a cada una de ellas reposar sobre la precedente, con tan sólida arquitectura, que volvió a verse en su construcción

la unidad simbolizada por la pirámide. No faltó armonía lógica a su sistema, sino horizonte metafísico, más que por haber negado lo invisible, porque lo creyó inalcanzable para la inteligencia humana. Pero los demonios del umbral se burlaron de él, con trágico humorismo, haciendo concluir su vida en la locura y en el amor, cuando divinizó a su Clotilde en los altares de una religión.

Las ciencias particulares han progresado tanto después de Comte, que cada día se hace más difícil definir sus límites en la realidad. La matemática ve transmutarse el tiempo, el movimiento y el espacio en la concepción einsteniana; la física va sutilizando al éter y complicando al átomo; la geometría postula las posibilidades aneuclidianas del hiperespacio; la química tiende un puente sobre el abismo que antes separaba lo inorgánico de lo orgánico; la biología casi no discierne ya las elementales especies de lo vegetal y de lo animal; y, finalmente, el hombre vuela, mira a través de los cuerpos opacos, percibe las palabras del ámbito distante, explora el mundo de los sueños, y proyecta su cuerpo astral en lo desconocido. Nunca hubo entre los hombres mayor aptitud para lo maravilloso, mayor sed de misterio, ansia más inefable de unidad. Dijérase que son las mismas ciencias positivas las que están levantando uno tras otro los siete velos de la Isis invisible a quien ellas negaron. Quién sabe si mañana la filosofía, fundada en ellas, no deberá decirnos que nuestras ideas de tiempo y espacio, de espíritu y materia, de cuerpo y alma, de fuerza y movimiento, de luz y sombra, de silencio y música, son apenas categorías dialécticas de nuestra limitada razón o simples ilusiones de nuestros sentidos, como las nubes de plata con que la luna decora las vestiduras de la noche.

Hay quienes creen que si la Maya búdica es la única verdad — si el mundo es una ilusión y es un ensueño la vida, — debiéramos anegarnos en el pesimismo y el nirvana. Aquella sierpe anillada que se muerde la cola, y que es signo oculista de la evolución, vendría a poner su sello trágico en el Libro de la Ciencia. Pero aun aceptado que la materia es-

pacial es espíritu manifestado y que la vida es materia en retorno al espíritu sin formas de la eternidad, eso no implica que, mientras el hombre exista bajo su cuerpo actual, no haya de haber una ciencia de las realidades concretas, y estas realidades no hayan de ser verdaderas para nuestra experiencia sensual. Fué este mundo de las realidades multiformes lo que simbolizó la Esfinge, y fué aquel otro mundo de la unidad espiritual la que simbolizó la Pirámide. Las dos son verdaderas: la una en el espacio, la otra en el tiempo. Cuando llegue la muerte, el cuerpo será como despojo de crisálida, vuelto a los hornos de la vida química para prestar vestidura a nuevos seres, y el alma será entonces aquel pájaro Bai que vuela por el infinito oyendo la armonía de los números. Para ella el *Libro de los muertos* contaba en Egipto: "Oh, alma ciega, ármate con la antorcha de los misterios, y en la noche terrestre descubrirás tu Doble luminoso, tu alma celeste. Sigue a ese divino guía y que él sea tu genio. Porque él tiene la clave de tus existencias pasadas y futuras".

Grande es, señores, la ciencia de la Vida; pero no olvidemos que también existe una ciencia de la Muerte. A una y otra las refundió en su emblema la Pirámide antigua. Por eso cuando el inglés Osburn vió por primera vez la de Kheops, sintió la inmensidad de aquel monumento. "No hay palabra que pueda decir lo abrumado que se siente el espíritu al contemplarla", exclama. La blancura sepulcral de sus bloques brillaba de un lado al soslayar el sol, proyectando hacia el otro una sombra hacia los trigales de Giseh, y un sentimiento de veneración temerosa conmovió el ánimo del viajero. No es cierto que haya sido obra de esclavos para vanidad de reyes. Es algo más que todo eso: es el espíritu de Dios bajando hacia la materia y es la materia ascendiendo en progresivo remonte hacia la luz de su cúspide espiritual. Por eso su símbolo aleccionador puede aplicarse lo mismo a la arquitectura del universo y a la unidad de las ciencias, que a la moral de los individuos y a la política de las sociedades. Hay vidas heroicamente realizadas según el canon de la pirámide: por

ejemplo la vida de Goethe. Y así también puede haber patrias edificadas para el ideal de ese mismo canon. Que tal sea, señores, la elevación progresiva y sólida de nuestra patria, pues, tal fué el propósito de los héroes fundadores, cuando hace un siglo levantaron en la plaza de la revolución y coronada por la libertad, el más simple y glorioso de los monumentos, esa Pirámide de Mayo, emblema auténtico de nuestro destino.

A las ciencias, ante todo, hemos de pedir el secreto de esa arquitectura, pero a las ciencias concebidas como sistema de especialidades solidarias en la verdad filosófica, parte a su vez de más vasto sistema en el cual entran, como la verdad, la fe, la belleza, la acción. Y pues las ciencias han tendido a la unidad enciclopédica en el pensamiento de los grandes filósofos, desde antes de Aristóteles hasta después de Comte, observamos que también las artes han podido unificarse en la obra estética de Wagner, y que el estudio comparado de las religiones descubre en ellas otra misteriosa unidad, gemela de la que podrían alcanzar las varias formas de la acción pragmática — educación y política — en un solo mandamiento de lealtad y desinterés. Tal serían los cuatro lados de esa pirámide del alma, vuelto cada uno a un rumbo del horizonte, y los cuatro reunidos en la cúspide luminosa, donde la luz de Dios enciende la chispa excelsa de eso que los antiguos llamaron la sabiduría.

¡Triste destino el del hombre, viajero perdido en las tinieblas, con una débil lámpara que vuelta a vuelta apaga el viento de la tempestad! ¿Quién se la encenderá de nuevo esta vez, cuando casi todos los hogares yacen cubiertos de ceniza? Abrió la puerta del santuario, y vió que se extinguían los últimos cirios ante los ídolos desolados. Abrió la puerta del laboratorio y vió que las últimas brasas ardían para las marmitas de una alquimia siniestra donde se manipulaban pólvoras y crysopeyas. Abrió la puerta del teatro, y vió que las últimas lámparas alumbraban apenas una orgía de danzas lúbricas. Abrió la puerta de la usina, y vió que los últimos ti-

zonas de la fragua era ya teas de incendio en manos de la venganza...

Tendió entonces los ojos al horizonte, y vió a la Esfinge, como hace siglos, con sus garras de león y sus alas de águila, inmóvil entre arenas que parecían de clepsidra rota del tiempo, mientras allá a lo lejos la Pirámide, símbolo de la ciencia integral, levantaba en la noche del desierto su cúspide luminosa y guiadora.

Ricardo ROJAS.